



La formación de la Acción Católica Argentina tras el ocaso del juego republicano. Ligas, círculos y comités católicos en la diócesis de Santa Fe, 1915-1935*.

Diego A. Mauro **

Resumen:

El presente trabajo aborda la formación de la Acción Católica Argentina en la diócesis de Santa Fe a partir del seguimiento de algunas de las experiencias previas de militancia católica. Se reconstruyen las tramas dirigentes y se siguen las cambiantes y muchas veces tensas relaciones entre la curia y los laicos. Asimismo, se intentan restituir los contextos políticos en los que se gestaron las diferencias experiencias analizadas (Liga Electoral Católica, Unión Electoral Católica, Comités de Acción Católica). El trabajo intenta situar el nacimiento de la ACA en la historia de varias décadas de militancia y organización. Se pretende, de este modo, enriquecer el debate recientemente abierto sobre los alcances de la tesis del “renacimiento católico”.

Abstract:

The current work tackles the formation of the Acción Católica Argentina in the Diocese of Santa Fe, starting by tracking some of the previous experiences of catholic militancy. It reconstructs the leading scenarios and keeps track of the changing, and many times straining, relations between the ecclesiastical authority and the seculars. At the same time, it tries to restore the political context in which the analyzed experiences were gestated (Liga Electoral Católica, Unión Electoral Católica, Comités de Acción Católica). The works finally attempts to locate the born of the ACA in the history of several decades of militancy and organization, and in this way, enrichs the recently arised discussion about the implications of the "catholic reborn" thesis.

Introducción

* Agradezco los comentarios de Miranda Lida, Martín Castro, Luis A. Romero y Lila Caimari.

* UNR/Becario de CONICET – UER ISHIR, nodo Rosario.

La Acción Católica Argentina (ACA) creció rápidamente y se convirtió en el movimiento laical más importante de la Iglesia argentina del siglo XX. Creada según el modelo de Roma y a instancias del episcopado en 1931, llegó a contar con más de 70.000 socios hacia 1950¹. Si bien las dudas sobre estos números son cada vez más mayores, su rápida puesta en marcha sorprendió a propios y extraños². En una muestra elocuente del triunfalismo reinante, el obispo de Santa Fe, Nicolás Fasolino, se apresuró a afirmar que el número de socios alcanzado a fines de 1933 en la diócesis era el “reconocimiento popular de la soberanía de Cristo en esta tierra de Santa Fe”³.

El episcopado, que desde hacía una década alentaba la centralización de las actividades del laicado, anunció la creación de la ACA como “la aparición” de los laicos en la “cruzada” que se mantenía con la “Argentina laica y liberal”. Según explicaba un difundido *Manual de ACA* en 1933, esta nacía como un “brazo ejecutor” y por voluntad de las jerarquías que la ponían en marcha ante el crecimiento de “temibles enemigos”⁴. En este marco, los supuestos logros de la ACA se presentaron como la prueba de que las organizaciones precedentes habían sido “débiles” y “fragmentarias” precisamente por su falta de obediencia y centralización. Ahora bien, ¿qué tan débiles habían sido esas experiencias? ¿Cuánto de nuevo tenía la ACA y cuánto debía a sus “antecesoras”? ¿En qué medida aquellas experiencias, que en muchos casos se prefería olvidar, habían sentado las razones de posibilidad de la nueva organización?

Estas preguntas remiten a un debate historiográfico abierto en los últimos años sobre los alcances de las interpretaciones centradas en la tesis del “renacimiento católico”⁵. Según dicha tesis, el catolicismo habría permanecido “aletargado” luego de las derrotas sufridas a fines del siglo XIX, condensadas en las llamadas “leyes laicas”. Tras largas décadas de adormecimiento y debilidad habría emergido hacia 1930 con una pujanza hasta entonces desconocida. En este marco explicativo de fuertes contrastes, la ACA creada en 1931 se visualizó rápidamente como una de las instituciones claves del “renacimiento”, una de las pruebas supuestamente más contundentes de la confiabilidad de la “tesis rupturista”⁶.

De este modo, confundida con la idea misma de “renacimiento”, la ACA fue abordada fundamentalmente “hacia delante”, como si se hubiera levantado sobre un inhóspito desierto. A lo sumo se la filió con la fallida Unión Popular Católica Argentina, pero no se fue mucho más allá y su vinculación con instituciones o asociaciones precedentes permanece mayormente en penumbras. En qué medida los Círculos de Obreros, la Unión Democrática Cristiana y las diversas ligas y uniones electorales contribuyeron a su puesta en marcha, es una pregunta sobre la que, a lo sumo, pueden

balbucese hipótesis⁷. Incluso si se acepta la supuesta debilidad del laicado antes de 1931, el problema de cómo fue posible el pasaje de “fragmentos de organizaciones” dispersas y heterogéneas a las “poderosas” ramas de la ACA, sigue sin ser debidamente explicado⁸.

A partir de estas preguntas, el presente trabajo intenta recalibrar la perspectiva explorando la organización de la ACA “hacia atrás”. Recreando sus razones de posibilidad precisamente a través del seguimiento de algunos emprendimientos previos del laicado, en este caso en la diócesis de Santa Fe. Se reconstruyen los elencos dirigentes masculinos de las principales organizaciones, desde mediados de la década de 1910 hasta comienzos de la de 1930 y se señalan continuidades y rupturas. Asimismo se analizan las formas de organización e intervención social y política auspiciadas por la curia y sus diferencias y similitudes con las generadas por los laicos, fundamentalmente desde los Círculos de Obreros. De este modo, las páginas que siguen intentan inscribir la formación de la ACA en la historia de varias décadas de militancia y organización de los católicos santafesinos.

La búsqueda de un partido católico entre los laicos y la curia, 1914-1921

La idea de formar un partido católico comenzó a gestarse en la curia santafesina en el marco del debate abierto tras la ley Sáenz Peña, en tiempos de la gobernación del radical de tendencias liberales, Manuel Menchaca, entre 1912 y 1916. Si bien durante su gobierno no se produjeron cambios substanciales en cuanto a las relaciones entre Iglesia y Estado, el crecimiento del número de legisladores supuestamente “liberales” causó una cierta alarma⁹. A su vez, algunas actitudes de parte del nuevo gobierno, por cierto más declamativas que reales, acrecentaron, en un contexto político de cambios, los temores de la Iglesia hacia lo que se describía como la “avalancha democrática”¹⁰.

Previamente la idea de formar un partido no había gozado de simpatías y en 1908, con el impacto de la encíclica Pascendi y la creación de la Comisión de Vigilancia, desde la curia se consideró que quienes lo fomentaban estaban afectados por el virus del “modernismo”¹¹. Si bien estos eran los principales motivos esgrimidos, a juzgar por las discusiones de la comisión, lo que más preocupaba era la contradicción que tal decisión traía aparejada. En los países donde el catolicismo era minoritario, la formación de un partido o la defensa de los principios políticos liberales gozaban del apoyo de Roma, pero, en un país que se suponía católico la opción resultaba doblemente problemática, tanto en términos filosóficos y teológicos, como históricos y políticos. En los hechos significaba reconocer, en el preciso momento en el que la idea de restaurar la “cristiandad” ganaba fuerzas y el proceso de parroquialización comenzaba a adquirir consistencia, que la

identidad católica del pueblo santafesino no estaba exenta de fisuras¹². Asimismo, se veía en la opción partido un arma de doble filo que podía perjudicar, con divisiones y enfrentamientos, el proceso de expansión de las estructuras eclesíásticas y la creación de colegios y asociaciones católicas. No obstante, con la llegada del radicalismo al gobierno y la discusión parlamentaria de algunos proyectos que apuntaban a la laicización del estado, la curia comenzó a reconsiderar la cuestión¹³. También la tendencia liberal del diario *Santa Fe*, que difundía dichos proyectos de manera entusiasta, causó preocupación. En 1914, a pesar de los recelos manifestados sólo unos pocos años antes, la curia comenzó a discutir la posibilidad de formar un partido católico¹⁴.

Por entonces, Andrés Olaizola, el secretario de Boneo, envió un cuestionario a los párrocos para recoger información. Aunque con diferencias, el resultado fue unánime: no existían condiciones para lanzar un partido. A lo sumo se consideraba que, una vez preparado el ambiente, podía organizarse una Liga Electoral. Natalio Bértolo, vinculado a la democracia cristiana en Rosario, fue uno de los pocos párrocos que mostró verdadero entusiasmo con la iniciativa. Recomendó no obstante impulsar por el momento sólo una “cosa de sacristía” donde se procurara “tirar la piedra y esconder la mano”. Según Bértolo, de ese modo se evitaba que la Liga y el eventual partido fueran vistos como “una cosa de frailes”. Al igual que Boneo, el párroco de Santa Rosa compartía la visión de que la “avalancha socialista y democrática” acortaba los tiempos pero le parecía que aún así no había que exagerar y que lo más importante era formar primero “el alma popular”¹⁵. Por su parte, el cura de San Carlos Centro coincidía en que la curia debía aparecer como lo más ajena posible pero, a diferencia del párroco de Santa Rosa, no veía en la Liga un potencial partido sino un instrumento de presión para “obtener favores” y “exigir ventajas”¹⁶. Marinelli, de San Jorge, coincidía con Bértolo en que si se creaba “ambiente alrededor de personalidades católicas” luego podría pasarse sin problemas a un “gran partido”, pero al igual que el resto de los párrocos aconsejaba prudencia¹⁷. El cura Segarra de Roldán fue quien, junto a Bértolo, se mostró más comprometido. De hecho envió a la curia una extensa carta con las actividades que consideraba debían llevarse a cabo para “preparar el ambiente”. En su opinión era preciso contar con diarios propios, algo que la curia venía debatiendo, y proponía realizar periódicamente conferencias que ilustraran al clero, de modo que el proyecto cobrara entidad puertas adentro de la Iglesia. Recomendaba particularmente ir “a las mujeres” aprovechando las “misiones”, los “ejercicios espirituales” y ofreciendo conferencias especiales aunque evitando mencionar por el momento que se pretendía formar un partido, hablando más bien de su “necesidad y urgencia”¹⁸.

Más allá de los intereses particulares de cada cura, los resultados de la encuesta eran claros: el camino debía ser, en el mejor de los casos, la creación de una Liga. Ante todo, porque, según lo entendían entre otros los párrocos de Santa Rosa y Roldán, posibilitaba actuar en política -interviniendo en la vida interna de los partidos- sin tener que cristalizar estructuras demasiado complejas. Permitía dar algunos pasos en términos de militancia y organización pero no exigía adentrarse en los inciertos y difíciles derroteros requeridos para el lanzamiento de un partido. Además, con una liga -pensada sobre todo para actuar en las coyunturas electorales- se evitaba entrar de manera frontal al juego electoral, un escenario cuyas implicancias generaban no pocos roces en términos teológicos. Asimismo, los párrocos eran bastante claros en sus apreciaciones y estaban convencidos de que el radicalismo era por el momento electoralmente invencible por lo que, al margen de toda consideración, era preciso atenerse a los hechos y avanzar cautelosamente¹⁹.

Fue precisamente por entonces cuando los demócratas cristianos comenzaron a mostrarse más sólidos en Rosario. La curia, cuyas tentativas habían recibido una cortés “negativa” por parte de los párrocos, fijó su atención en la recientemente creada Unión Democrática Cristiana, integrada por figuras del Círculo de Obreros local, tales como Luis Casiello, Roberto Beltramino o Luis Dalmau. La experiencia interesaba particularmente porque su aparente pujanza desmentía, al menos parcialmente, la visión poco optimista de buena parte del clero sobre las posibilidades de movilizar a la grey. Por entonces, varios de los dirigentes y militantes provenían del Colegio Salesiano de Artes y Oficios y de su Asociación de Ex-Alumnos. Otros se habían acercado luego de participar en centros de estudio y nucleamientos parroquiales entre los cuales se destacaba la Asociación San Luis Gonzaga, impulsada por Bértolo en la parroquia de Santa Rosa y el Centro León XIII que dirigía el pbro. Gustavo Mingoni²⁰. También provenían del Círculo de Obreros que asesoraban Bértolo y Nicolás Grenón.

Durante estos años los demócratas cristianos propagandizaron sus ideas a través de la creación de centros en diferentes barrios de la ciudad y el dictado de conferencias en las calles²¹. Elías Luque, presidente del COR desde 1915, se mostraba impactado por el “dinamismo” de algunos de los nuevos militantes que, como José Sutti o Francisco Casiello, eran buenos oradores y parecían moverse con soltura incluso en los barrios obreros²². Más allá de los inciertos resultados de estas actividades, la idea era estar en “contacto cotidiano” con los trabajadores para, según palabras de Bértolo, “conquistarlos con más facilidad”. Por entonces, editaron el periódico *La Democracia* y una revista, *Acción Social*, referida a aspectos de la vida cotidiana y familiar.

La curia siguió con atención la militancia demócrata cristiana a través de la cual podía evaluarse la viabilidad de una organización política y en varias oportunidades alentó públicamente la experiencia poniéndola como un ejemplo a seguir. Tal como se había establecido en la encíclica *Graves de Communi* a esta sólo le estaba permitida la “acción social”, pero Boneo y Bértolo veían precisamente allí el fermento para una Liga Electoral y eventualmente, si las circunstancias lo auspiciaban, para la consolidación de una agrupación política propia.

En el arzobispado de Buenos Aires la democracia cristiana no gozó de las mismas simpatías²³ y, luego de algunos roces y con motivo de la creación de la Unión Popular Católica Argentina (UPCA), se ordenó finalmente su disolución. Boneo, que no compartía las ideas de De Andrea, se mostró crítico con sus propuestas y en pleno conflicto brindó sólo un muy tímido apoyo a las directivas del episcopado. De hecho estaba más cerca de la perspectiva del fundador de los círculos, Federico Grote, quien consideraba mejor adoptar una organización similar a la *Volkverein* alemana. En la diócesis, Boneo apuntaló enérgicamente la experiencia demócrata cristiana de Rosario y en 1918, ante los rumores circulantes, publicó una pastoral apoyando a la UDC²⁴. En sentido contrario, la UPCA no despertó mayor interés y pasó más bien desapercibida. Sus juntas se constituyeron sólo tardíamente y fueron ocupadas por los dirigentes de la democracia cristiana de Rosario y el Círculo de Obreros de Santa Fe. En Rosario José Sutti y Pedro Beltramino se incorporaron a la Junta Central y, en Santa Fe, se designó a Nicolás Salatín y a Francisco Lorenzatti, presidentes del COSF entre 1917 y 1921, y a Manuel Del Sastre y Ramón Doldán por entonces vocales.

A pesar del apoyo público de la curia santafesina a la UDC, los demócratas cristianos comenzaron a ser resistidos por algunos de los miembros de la Asociación de Ex alumnos de Don Bosco que simpatizaban con la postura de De Andrea. Su autodisolución, calificada por Boneo como una actitud “heroica”, puso al Círculo de Obreros de Rosario en el centro de la escena y los demócratas cristianos se apoltronaron en su interior²⁵. En 1920 el COR aglutinaba ya a los principales dirigentes católicos de las próximas dos décadas: Luis y Francisco Casiello, Pedro Beltramino, José Sutti, Elías e Ignacio Luque, Juan y Antonio Lo Celso, Ángel González Theyler y Bartolomé Morra, este último presidente de los exalumnos de Don Bosco²⁶.

De los comités de Acción Católica a la Acción Católica Argentina

Los temores de la curia terminaron por volverse realidad y en 1921 buena parte de los convencionales que se encontraban reunidos para modificar la Constitución eran sindicados como “liberales”. El obispado condenó el rumbo que comenzaban a tomar los acontecimientos y cuando la Convención avanzó en términos laicizadores, los principales dirigentes del laicado, tanto en Rosario como en Santa Fe, se movilizaron públicamente y dieron nacimiento a los denominados comités de Acción Católica. Después de la realización de un acto repudio frente a la legislatura, los comités, que ya funcionaban en Rosario, Santa Fe y colonia Avellaneda, fueron oficializados en presencia del obispo Boneo. La primera comisión directiva, con carácter de provisoria, se constituyó ese mismo día integrada por los principales dirigentes de la disuelta democracia cristiana y las principales figuras del COSF entre ellos, Ramón Doldán, elegido presidente²⁷.

Las heterogéneas tendencias dentro del catolicismo santafesino fueron dejadas de lado en pos de conseguir una unidad práctica y política que ofreciera un dique de contención a los reformistas²⁸. La Junta Central se promocionó como una instancia superadora, portadora de planteos equilibrados dotados de la ecuanimidad de la que supuestamente carecían los reformistas. Si bien no se consideraban un partido, se organizaron de manera muy similar y de hecho alentaron la participación en el nivel municipal. Desde *Nueva Época*, diario por entonces de tendencia católica y bastante identificado con los comités, se consideraba que la nueva entidad era la antesala de un “gran partido católico” y el diario se permitía señalar públicamente que esperaba su formación para convertirse en “su tribuna oficial”²⁹. Si bien la fórmula de un “gran partido católico” era bastante presuntuosa y de hecho tenía mucho de retórica política, el impacto causado por la movilización y la espontánea creación de algunos comités, se tradujo en un cierto optimismo, que alimentó las ilusiones de lograr en el mediano plazo un partido competitivo a nivel provincial.

Tras el entusiasmo se ocultaban, no obstante, visiones contrastantes tanto sobre el tipo de organización que debía alentarse como sobre sus fines. La curia, a diferencia de los Círculos, veía en los comités el fermento de una Liga Electoral que, enmarcada en las estructuras eclesiásticas y bajo la tutela de los párrocos, frenara dentro de los partidos el ascenso de figuras consideradas “liberales”. En esta dirección, si bien era consciente del rol jugado por el laicado, pretendía resaltar sus propios trabajos organizativos y no tenía intenciones de alentar, por el momento, la formación de un partido católico dirigido por los laicos. No obstante, más allá de sus intenciones, en pleno conflicto, su capacidad para

controlar estos procesos fue bastante limitada y en los hechos la organización que terminó poniéndose en marcha se asemejaba bastante poco a la Liga imaginada por Boneo.

Según establecía la Carta Orgánica de los comités, los diez miembros de la Junta Central, en la que no se preveía ninguna participación del obispado, serían elegidos a través del voto de los delegados de los comités existentes. Se proponía para ello la realización de convenciones departamentales y provinciales y se contemplaba la posibilidad de pasar a la “acción política”. En todas las instancias se requería de la obtención de la mayoría simple y no se contemplaban figuras como las del asesor espiritual o eclesiástico. En los hechos, la curia se hallaba representada por el secretario del obispado, Andrés Olaizola, que integraba la Junta Central y también por curas como Alfonso Durán y Juan Macagno. Pero a diferencia de las prerrogativas de las que gozaban como asesores del COSF, participaban ahora sin ninguna especificidad estatutaria. Dejando de lado el rol jugado por Boneo, quien aprobó la carta orgánica, en los hechos no se reconocía a la curia ningún poder especial y los comités se comportaban, al menos formalmente, como un partido político. Además, aún cuando muchos funcionaron en templos parroquiales, tal como era el deseo del obispado, otros lo hicieron en casas particulares y no se adoptaron las divisiones parroquiales sino las políticas electorales.

Boneo había rechazado el proyecto de la UPCA que sobrevivía en términos estrictamente formales, pero compartía la preocupación del episcopado por centralizar y encauzar las organizaciones del laicado. De hecho, esto había sido motivo de roces con Doldán quien había abandonado con anterioridad la presidencia del COSF, luego de impugnar la injerencia del “asesor eclesiástico” en la “acción social”³⁰. No obstante, ante la amenaza reformista Boneo aprobó la carta orgánica de los comités tal como le fue propuesta. En las calles marcharon por entonces juntos el obispo y los comités pero la unidad ocultaba varios focos de tensión. Por un lado, las diferencias ya señaladas entre el obispado y los laicos; por otro, las visiones contrastantes dentro del propio laicado entre los católicos sociales que se nucleaban en el COSF, los demócrata cristianos de Rosario y aquellos que, más vinculados a la política de notables de fines del siglo XIX, se reivindicaban como “católicos tradicionales”. Los dirigentes del COR avanzaban por entonces hacia concepciones mucho más antiliberales que las de sus pares santafesinos y, como durante el Congreso del Trabajo en 1923, se mostraron atraídos por reformas corporativistas³¹. Por su parte, los católicos más “tradicionales” cuestionaban tanto las supuestas veleidades “obreristas” de los rosarinos como el ingenuo “democratismo” de los miembros del COSF. En pleno conflicto, no obstante, parecían estar más preocupados por

el ascenso de dirigentes como Doldán, considerados demasiado “idealistas” y “peligrosamente” apegados al voto popular, que por los proyectos del COR³².

Pasada la coyuntura de peligro, la Junta Central de los Comités, presidida por Doldán, comenzó a sufrir las tensiones que atravesaban al campo católico. Boneo volvió a insistir en que el laicado debía reorganizarse en torno a los párrocos y aplazada la amenaza reformista retiró su apoyo a los comités. Por entonces protagonizó incluso algunos incidentes con el COSF y terminó solicitando la renuncia de todos sus miembros, entre ellos Francisco Lorezanti. Quienes habían sido los artífices del nuevo local, al que habían llamado “Casa del Pueblo Obispo Boneo”, fueron inmediatamente reemplazados por sacerdotes allegados a la curia, entre ellos Andrés Olaizola y Antonio Torres asesor espiritual de la institución y enemigo declarado de Lorezanti³³.

Los problemas no se referían en este caso sólo a la autonomía organizativa que se pretendía recortar, sino también a las concepciones liberal-democráticas que profesaban los principales dirigentes del COSF y que se traducían en un apego “excesivo” a la lógica parlamentaria, tal como le recordaba a la curia Juan Arzeno. La centralidad atribuida a la creación de un partido católico, vista como un punto de llegada, contrastaba con el carácter circunstancial e instrumental con que la curia y también los dirigentes del COR pensaban la “acción política”. En este contexto de posiciones encontradas, la Junta Central que había tenido activa presencia entre 1921 y 1922 se convirtió al cabo de algunos meses en una entidad fantasmal. En Rosario y otros departamentos del sur de la provincia, el proceso de fundación de comités siguió en marcha pero en manos de la comisión directiva del Círculo de Obreros de Rosario y la Junta entró en un cono de sombras. Finalmente, para satisfacción de Boneo, la Junta Central se disolvió y con ella muchos de los comités, sobre todo en la ciudad de Santa Fe³⁴.

Durante 1923 y sobre todo a comienzos de 1924, ante el posible triunfo electoral de los reformistas, Boneo tomó la delantera y durante marzo de 1924, luego de varios intercambios epistolares, hizo llegar a los párrocos instrucciones para la creación de una Unión Electoral Católica dirigida por ellos. Apremiado por un nuevo escenario electoral difícil, en el que los reformadores liberales mostraban posibilidades ciertas de llegar al gobierno, Boneo consideró que el “trabajo preparatorio” que se había iniciado en 1915 debía concluirse para pasar a la acción. La tan discutida “maduración” se vio apresurada por el nuevo panorama político que, como en 1921, era poco alentador. Los radicales opuestos a las reformas liberales venían de atravesar una unificación muy dificultosa y sus adversarios, tanto los demócratas progresistas como los radicales constitucionalistas

liderados por el ex gobernador Menchaca, tenían posibilidades ciertas de ganar. Además, los principales diarios alentaban a los opositores y el *Santa Fe* consideraba que el triunfo correspondería “afortunadamente” o los radicales menchaquistas o al Partido Demócrata Progresista (PDP)³⁵. A diferencia de lo que había ocurrido en 1921, la curia tomó cartas en el asunto con rapidez e intentó ponerse al frente de la resistencia. Así, no sólo intentaba detener a los reformistas liberales sino también anticipar las acciones de los dirigentes del Círculo de Obreros de Rosario, que se encontraban al frente de un buen número de comités (al menos nominalmente, entre quince y veinte). En sus circulares, fiel a las recomendaciones de 1917, el obispado pretendía que la Unión Electoral Católica funcionara como una Liga y se constituyera en cada parroquia en torno a la figura del párroco, quien debía elegir a tres católicos de la comunidad para acompañarlo en las tareas de propaganda. Nuevamente volvió a discutirse la viabilidad de crear un partido pero la curia fue clara: la UEC no era ni pretendía ser una organización partidaria sino un vehículo para movilizar a la *grey* y posicionar a la Iglesia en la esfera política. A diferencia de los comités, que contaban con una organización permanente y realizaban convenciones departamentales para discutir la “acción social” y la “acción política”, la UEC debía limitarse a propagandizar la “causa católica”. Su objetivo no era dar vida a estructuras partidarias con vistas a entrar al ruedo electoral, sino movilizar desde las parroquias y concientizar a los católicos a la hora de votar. Siguiendo estos principios de acción, desde la UEC se dieron a conocer los nombres de los candidatos dispuestos a aprobar las reformas secularizadoras, se cuestionó al PDP y al Radicalismo Opositor y se repartieron, en medio de los reclamos de los partidos reformistas, las boletas de la fórmula radical apoyada por la curia³⁶. A comienzos de febrero de 1924, el llamado estaba dando buenos resultados y la Unión Electoral logró constituirse en unas 50 parroquias. En Rosario, el Círculo de Obreros mantuvo la dirección del proceso iniciado en 1921 y los comités de AACC, que se pensaban como la antesala de un “gran partido”, ocuparon el centro de la escena. Sus acciones de “campana”, no obstante, aunque tal vez más enérgicas, se diferenciaron poco de las llevadas a cabo por la UEC.

Superada la coyuntura electoral con un nuevo triunfo de los aliados de la curia, las debilidades de la unidad de acción volvieron a hacerse evidentes. Por entonces, la curia hizo explícita su intención de que la UEC se consolidara como la única entidad diocesana para la acción política e indirectamente solicitó a los comités de AACC que se subordinaran a ella. A pesar de las coincidencias políticas que los dirigentes rosarinos tenían con Boneo, el modelo de la UEC estaba muy lejos de satisfacer sus ideas sobre cómo debía organizarse

el laicado para participar en política. Más aún, cuando luego de casi una década de trabajo se encontraban al frente de un importante número de comités. En Santa Fe, la voz de Boneo se hizo más fuerte ante un escenario bastante diferente: la mayoría de los comités de AACC parecían haberse disuelto y el Círculo de Obreros se encontraba envuelto en enfrentamientos entre la comisión renunciante de la Casa Social y la que auspiciaba el obispado a través de Antonio Torres³⁷.

La relación del COR y la curia no era mala y de hecho a pesar de los intentos centralizadores del obispado y la distancia tomada por los dirigentes rosarinos, Boneo siguió aplaudiendo los trabajos del catolicismo social en Rosario tal como lo había hecho en tiempos de la UDC. En cierto punto, más allá de las coincidencias de orden filosófico, la posición complaciente de la curia daba cuenta de la fortaleza del COR que se había convertido en la entidad más importante de su tipo en el país. En 1925, el propio presidente Alvear, que había viajado a Rosario por el supuesto bicentenario de la ciudad, se hizo presente en la inauguración del nuevo local. Entre 1922 y 1925, la comisión pro-edificio integrada por Luis Casiello y Bernardo Viana propuso la emisión de acciones, algo que ya había hecho en Santa Fe el Círculo para levantar la Casa Social Católica en 1917. La propuesta fue bien recibida por los socios y la obra se financió a través de la colocación de acciones durante 1922 y 1923 y por medio de un crédito del Banco Hipotecario Nacional³⁸. El periódico institucional *La Verdad* que salía mensualmente pasó de 6000 ejemplares en 1924 a 8000 en 1926, acompañando el número de socios que por entonces estaba llegando a los 7000. A su vez, el patrimonio neto de la institución creció rápidamente de 60.000 pesos en 1922 a 160.000 en 1926³⁹. Ante estos éxitos, la capacidad de la curia para intervenir era muchísimo menor que la que tenía con el COSF que, a pesar del trabajo realizado entre 1917 y 1921, no lograba terminar las instalaciones de la Casa Social Católica y ahogado financieramente tampoco conseguía que sus efímeros periódicos institucionales salieran de la cuerda floja⁴⁰. En 1924 en Rosario comenzó a editarse *El Herald*, un periódico semanal de ciertas pretensiones redactado por los dirigentes del Círculo de Obreros y dirigido por el cura Ángel Martegani. El obispado, que venía discutiendo la posibilidad de contar con un diario propio desde la década anterior, le dio su apoyo simbólica y materialmente a través de colectas anuales. La participación del obispado no impidió sin embargo que el periódico, mayormente redactado por los dirigentes del COR, se convirtiera en uno de los más activos propagandistas de los comités de AACC que la curia pretendía desactivar. De hecho, entre 1924 y 1929, el periódico se refirió una y otra vez a la necesidad de contar con un partido católico y en varias oportunidades lo consideró una realidad inminente⁴¹. Si bien no se llegó

a la confrontación, el obispado intentó en varias oportunidades ganar terreno y volvió a relanzar la UEC insistiendo en que la acción social y política debía ser encauzada a través de los párrocos. Ignacio Luque, José Sutti y Juan Casiello, por entonces las principales figuras del laicado rosarino y redactores de *El Herald*, agradecieron a Boneo el ímpetu puesto en la organización de la UEC pero sin rodeos le señalaron que consideraban más conveniente crear una Junta Central Organizadora de la AACC en lugar de la Junta Central de la UEC. Exactamente al revés de lo que proponía Boneo, los dirigentes del COR pretendían aprovechar la UEC, sobre todo en Santa Fe y en el centro y norte de la provincia, para expandir los comités de AACC tal como habían hecho en los departamentos lindantes con Rosario. Significativamente se le pedía a la curia que dejara de intervenir con “carácter oficial” porque esto perjudicaba el proyecto que se alentaba. Si bien en todo momento se ratificaba la total obediencia al obispo, al mismo tiempo, se le explicaba que “podía despreocuparse” y atender las necesidades espirituales ya que la organización bien sabían “hacerla solos”⁴².

Por entonces, los caminos seguían bifurcándose y la curia no sólo desaprobaba los comités de AACC por sus márgenes de autonomía sino, sobre todo, por sus intentos de entrar formalmente al juego electoral. Si hasta 1924 la idea de crear partido permaneció como una posibilidad, aunque bastante lejana, con el triunfo del radicalismo unificado, que la Iglesia había apoyado, la opción fue totalmente descartada. Las tensiones entre la Iglesia Católica y el partido de gobierno se distendieron totalmente y en su lugar se dibujó un escenario francamente favorable. El nuevo gobernador Ricardo Aldao, que en 1921 había marchado junto a los comités de AACC en contra de las reformas, designó a Ramón Doldán como presidente del Consejo de Educación y los vínculos entre el estado y la Iglesia se fortalecieron cualitativamente. Este contexto propicio se hizo aún más halagüeño porque al mismo tiempo el PDP se sumergió en una aguda crisis y electoralmente dejó de constituir un peligro. A su vez, el radicalismo opositor que lideraba Menchaca luego de las derrotas sufridas se fragmentó y terminó disolviéndose.

En el preciso momento en que desde la curia se abandonaba toda intención, real o retórica, de incentivar la formación un partido, *La Capital* denunció su inminente creación⁴³. El diario, que atribuía el supuesto partido a la voluntad del obispado, se preguntaba paradójicamente al igual que la curia entonces, cuáles podían ser las razones de “tal empresa” si la Iglesia gozaba de todos los privilegios posibles⁴⁴. Las sospechas de *La Capital* se fundaban en las declaraciones de la Junta Organizadora de la AACC que, aún cuando reconocía que se atravesaba una época de repliegue del laicismo y de

“resurgimiento católico”, consideraba que la necesidad de un partido no debía ponerse en duda. Insistían en que era preciso sacar una “enseñanza” de la unidad de los “enemigos de la fe” y seguir adelante con la organización de una entidad “social y cívica”⁴⁵. Por entonces José Sutti, Juan Casiello e Ignacio Luque⁴⁶ aprovecharon las intervenciones de *La Capital* que acusaba al gobierno de “clerical” y otras como las de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* que lo calificaba de “clero-oligárquico”, para insistir en que la “acción cívica católica” debía intensificarse porque los “enemigos” sólo se habían replegado y en cualquier momento podían volver a aparecer⁴⁷. A su vez, desde *El Herald*, se instó a no leer más *La Capital* ni ningún diario liberal⁴⁸.

Los problemas se hallaban ahora más dentro de las fronteras católicas que afuera, y la curia pretendía desacelerar cuanto antes las tareas que llevaba a cabo la Junta Organizadora de la AACC. También la UEC de algunos departamentos siguió discutiendo la posibilidad de formar un partido y la de General Obligado llegó a realizar algunos ensayos⁴⁹. El obispado veía con enorme preocupación estas insinuaciones y temía que el laicado no pudiera ser detenido. Ante estas eventuales posibilidades, los sucesos de 1922 en colonia Avellaneda se recordaron como una verdadera pesadilla. El que había sido hasta ese momento uno de los más exitosos ejemplos de organización y militancia, se convirtió repentinamente en un asunto del que se prefería no hablar. Allí, los comités de AACC se habían creado rápidamente en 1921 sobre las bases de la prolongada acción del Círculo de Obreros local, fundado en 1892. En 1922, ante los entusiastas informes del párroco Olivio Benassi y del asesor del Círculo el cura Antonio Biaggioni, la curia aprobó la participación electoral del comités en una alianza con el radicalismo oficialista que sostenía al gobernador Enrique Mosca. Se acordó incluso armar listas en conjunto bajo la candidatura, nada más ni nada menos, que del propio Biaggioni. Sin embargo, al momento de hacer la presentación formal los radicales rechazaron la propuesta de los católicos e intentaron encabezar la lista. Los comités, indignados por la jugada del oficialismo, rompieron la alianza en el distrito y se lanzaron en campaña contra los radicales. A pesar del intenso trabajo de campaña, para sorpresa de Benassi y Biaggioni, el resultado fue bastante malo. Los radicales oficialistas ganaron con comodidad incluso en la ciudad de Rafaela, donde se esperaba un triunfo relativamente amplio. Benassi, entre la decepción y la “rabia”, atribuyó la derrota a la “pasividad” y a la “cobardía de los católicos”, de los cientos de católicos que se “habían quedado en su casa” y que de haber concurrido hubieran asegurado el triunfo. El resultado de la cruzada electoral era no sólo la derrota y el enfrentamiento con los aliados

radicales, sino también un gasto de más de 4000 pesos que el propio Benassi había supuestamente aportado y por lo cual solicitaba ayuda ante el apremio de las deudas⁵⁰.

A mediados de 1924, la curia ya no tenía ningún motivo aparente o real para seguir pensando en la formación de un partido. Peor aún, mientras las heridas de colonia Avellaneda permanecían abiertas, la lógica coyuntural de intervención propia de las uniones electorales y las ligas, seguía acumulando buenos resultados. Asimismo, desde 1921 algunas prácticas devocionales y litúrgicas, como la peregrinación guadalupana o *Corpus Christi*, habían dejado al descubierto un costado político que no necesariamente tenía como horizonte las instituciones formales de la democracia liberal. De este modo, mientras los laicos de los Círculos insistían en las ventajas de contar con un partido, la curia comenzaba a abandonar definitivamente todo intento por entrar formalmente al juego republicano. Un terreno además en el que, dato no menor, los principales dirigentes no parecían estar dispuestos a someterse plenamente a la tutela eclesiástica. Por el contrario, en las celebraciones de masas, aún cuando las asociaciones del laicado eran un insumo básico de la organización, la curia se aseguraba ocupar el centro de la escena. Con lo cual, en resumidas cuentas, a través de las multitudes católicas Boneo lograba ponerse por sobre la política formal y hablar en nombre del “pueblo católico” a los partidos y al parlamento, pero también a los militantes de la Junta Organizadora, a los Círculos de Obreros, a los centros de estudiantes y a la UEC.⁵¹

Para desagrado de la curia, la reforma de la ley electoral municipal y comunal provincial de 1927 vino, como en su momento la reforma de 1912, a insuflar de vida a los intentos de formación de partidos católicos. La incorporación del cociente electoral en la esfera municipal alentaba precisamente la participación de partidos pequeños, con lo cual los católicos tenían posibilidades ciertas de lograr algunos lugares en los concejos deliberantes. Inmediatamente los dirigentes del COR y la Junta Organizadora de la AACC vieron en la nueva ley la posibilidad de realizar una primera experiencia electoral con listas propias. También en Santa Fe, los grupos que habían sido desplazados del COSF en 1922 y que pretendían volver a dirigirlo decidieron presentarse con una agrupación. Si bien no se esperaba obtener el triunfo y más bien se buscaba ganar experiencia y colocar al menos un concejal, tanto en Rosario como en Santa Fe, la fórmula de un “gran partido católico” no era sólo mera retórica en las cabezas de muchos dirigentes. Asimismo, la rápida fragmentación del personalismo, primero en la provincia y luego a nivel nacional, despertó crecientes expectativas. Desde *El Herald* se insistía en que la fragmentación que afectaba al gobierno provincial era la prueba del agotamiento del yrigoyenismo y de la apertura de

un período de “regeneración”. La militancia, afirmaban los dirigentes rosarinos, debía orientarse entonces a aprovechar las supuestas “oportunidades” generadas por el derrumbe personalista. Reconocían que habría dificultades pero consideraban que el camino empezaba a despejarse y diagnosticaban que en breve la Unión Popular, en alianza con la Unión Santafesina, se convertiría en un “partido católico de principios” competitivo a nivel provincial⁵².

Los resultados electorales fueron terminantes e hicieron añicos las esperanzas que, en muchos casos, habían crecido de manera desmedida. En Santa Fe, Manuel del Sastre logró ser elegido, aunque muy ajustadamente, pero en Rosario las dos elecciones arrojaron el mismo resultado negativo. La derrota era doble, además, porque mientras los católicos sólo podían decir que habían recogido “experiencia”, los comunistas lograban el ingreso de un concejal. Desde las páginas de *El Heraldo* se condenó duramente la “indiferencia”, calificada como “cobardía”, y se pidió a los católicos hacer un examen de conciencia⁵³. Si sólo un tercio de los socios del Círculo de Obreros hubiera votado, repetían con desconcierto, se habría ganado cómodamente. La desilusión fue enorme y el golpe resultó bastante duro para muchos de ellos que, obnubilados por el entusiasmo, habían creído que el “gran partido” estaba a la vuelta de la esquina.

Más allá de los evidentes límites organizativos que cabría estudiar más en detalle, lo cierto fue que partieron de un diagnóstico poco certero. Si bien la nueva ley aumentaba teóricamente sus posibilidades, los conflictos dentro y fuera de radicalismo personalista, lejos de constituir una “oportunidad”, implicaban el aumento de la competitividad en el nivel municipal. De hecho, los comicios en Rosario, Santa Fe y otras ciudades de la provincia se convirtieron en un verdadero campo de batalla en el que las diferentes fracciones lucharon por la supervivencia. Ante este intenso fuego cruzado, la participación católica pasó bastante desapercibida en momentos en que, por ejemplo, a través de las elecciones municipales de Rosario tanto el gobernador Gómez Cello como la fracción que lideraba Ricardo Caballero se jugaban sus respectivos futuros políticos. No obstante, a la hora de analizar las derrotas ninguno de estos factores se tuvo en cuenta y los dirigentes del COR fueron notablemente impiadosos con el resultado obtenido. A partir de julio de 1928, aplacados la desilusión y el enojo, se recuperó un cierto optimismo y se volvió a insistir en la necesidad de contar con un partido católico de principios, pero, las sucesivas derrotas arrasaron con toda esperanza⁵⁴. Los fracasos electorales se vivieron entonces con suma crudeza, de modo autoflagelante, como un verdadero martirio del que no se podía escapar. Ante los resultados adversos el desconcierto se generalizó⁵⁵. Por aquellos meses, la

amargura y la desilusión invadieron el periódico de la institución y la condena a la democracia de partidos se agudizó como un modo de expiar las culpas. En menos de un año, las esperanzas de contar con un “gran partido” y en un sentido amplio las certezas de más de una década se desvanecieron tras la contundencia inapelable del recuento de votos. En octubre de 1929 ya no se esperaba demasiado y se recordaba el “repudio” sufrido en las elecciones anteriores⁵⁶. Atrapados en las coordenadas del “mito de la nación católica” que se tambaleaba, los dirigentes de la Junta Organizadora significaron lo sucedido como una verdadera catástrofe ante la cual no se sabía cómo seguir adelante.

De este modo, la desazón y la congoja de aquellas jornadas fueron clave para que, poco después, el nuevo proyecto del episcopado lejos de despertar recelos fuera recibido como una bendición. Si en 1928 se decía que independientemente del resultado que pudiera obtenerse el camino era la formación de un partido, en 1930 desde *El Heraldo* se consideraba que la ACA era la “gran necesidad” de los “tiempos” que corrían. La mejor fórmula para “expresar” la fuerza de la militancia católica “acallada” supuestamente por la “trampas” de la política⁵⁷.

La puesta en marcha de la ACA en Santa Fe, 1928-1934

En 1929, en medio de las derrotas electorales de la Unión Popular y la Unión Santafesina, el episcopado designó a Antonio Torres en Santa Fe y a Antonio Caggiano en Rosario para que iniciaran las tareas organizativas en vistas a la fundación de la ACA⁵⁸. Esta vez, a diferencia de lo que había ocurrido con la UPCA, la curia se plegó de manera entusiasta al proyecto del episcopado⁵⁹. A fines de Julio de 1931, luego de concluida la Semana de Oración y Estudio, se formalizó la Junta Central correspondiente a la zona norte. En la ocasión Caggiano y el por entonces presidente de la Junta Nacional, Martín Jacobe, volvieron a insistir en lo que hasta el hartazgo se había publicado desde el *Boletín Eclesiástico* durante casi dos años: que “el espíritu de la Acción Católica” era “de sumisión y de obediencia a la Jerarquía Eclesiástica”⁶⁰. Las designaciones recayeron en algunas de las figuras que habían estado vinculadas al Círculo de Obreros y a los comités de AACC, tal el caso de César Berraz, Juan Depetris y Manuel del Sastre. Otros como Juan Maciel, si bien tenían una larga historia en las tramas católicas santafesinas, debían su designación a factores de última hora⁶¹. Algunos nombres resonaban por su ausencia, principalmente el de Ramón Doldán demasiado vinculado al proyecto de 1921 que se pretendía dejar definitivamente atrás.

En Rosario, las juntas se formalizaron poco después y recayeron sobre quienes desde fines de la década de 1910 habían presidido la UDC, el COR, los comités de AACC y finalmente la Junta Organizadora de la AACC. Elías Luque fue designado presidente y en calidad de vocales se nombró entre otros a Manuel Caferatta, Francisco Casiello y Ángel González Theyler. Por su parte, el Consejo Diocesano de la Asociación de Hombres Católicos quedó en manos de Juan Casiello. Entre los asesores espirituales, tanto en Santa Fe como en Rosario, se escogieron figuras de experiencia con más de una década de trabajo en organizaciones del laicado -incluidas las asociaciones de damas-, tales como Antonio Biagioni, Natalio Bértolo, Francisco Núñez y Nicolás Grenón⁶².

Según los datos provistos por el *Anuario Católico Argentino*, el proceso de puesta en marcha de los centros y círculos fue bastante rápido y a comienzos de 1933 se encontraban funcionando, al menos formalmente, 72 centros y círculos parroquiales. A fines de 1933, la diócesis de Santa Fe, dividida en dos zonas, contaba supuestamente con 4350 socios correspondientes 1883 a la zona norte y 2480 a la zona sur, con lo cual la diócesis se colocaba incluso por sobre la de Buenos Aires que rondaba los 4000 y bastante por encima de la de Córdoba que contaba con 3100⁶³. La incertidumbre de los números, difícilmente superable, se hizo palpable durante las primeras semanas diocesanas de la ACA, tanto en Santa Fe como en Rosario, donde varios de los centros y círculos supuestamente en marcha sólo se hicieron presentes a través del envío de notas. A fines de la década de 1930, las dudas habían crecido y durante la Asamblea Federal en Rosario uno de los principales problemas a tratarse fue el de la rigurosidad de la información sobre los centros y círculos efectivamente completos, ya que muchos parecían no estar funcionando⁶⁴. Más allá de esto, sobre lo que cabría detenerse específicamente, al momento de creación de la ACA el catolicismo santafesino contaba ya con una basta experiencia organizativa y tanto los dirigentes del laicado como buena parte de los párrocos habían participado en alguno de los emprendimientos previos.

De este modo, el nuevo proyecto se montaba sobre los trabajos de militancia de los Círculos de Obreros, la democracia cristiana, los comités de AACC y la UEC, así como sobre diversas asociaciones y comisiones creadas en diferentes coyunturas entre 1910 y 1930. Tal como en su momento los comités de AACC se habían creado en parte a partir de los centros demócratas cristianos en Rosario y sobre los círculos de obreros en Santa Fe y colonia Avellaneda, la ACA se levantaba a comienzos de la década de 1930 sobre la huella aún fresca de todas estas experiencias.

Si bien parecen haber existido algunos conflictos puntuales en el caso del COSF⁶⁵, en términos generales los principales dirigentes del laicado se hallaban ahora dentro de las Juntas de la ACA. Esta adhesión no deja de abrir interrogantes si se tiene en cuenta que, en más de un sentido, el nacimiento de la ACA ponía punto final a muchos de los proyectos políticos alentados entre 1921 y 1929. Más aún si se tiene en cuenta que en 1924, Elías Luque, ahora presidente de la Junta Diocesana de la ACA de Rosario, se había negado a disolver los comités al igual que el resto de los miembros de la Junta Organizadora. Asimismo, la ACA se proponía avanzar sobre muchas de las prácticas intelectuales cultivadas por dichas tramas dirigentes, tal como quedó en evidencia con la creación del Instituto de Cultura Religiosa Pío XI con sedes en Rosario y Santa Fe⁶⁶. Hasta el momento, las bibliotecas y centros de estudio de los Círculos de Obreros, los centros de estudiantes católicos y algunas asociaciones parroquiales habían asumido las tareas de formación y de hecho, durante las décadas de 1910 y 1920, una suerte de “cursus honorum” se cristalizó en torno a ellas⁶⁷. Los nuevos institutos pretendían intervenir precisamente estos circuitos para reemplazarlos por ámbitos verticalizados y supuestamente más apropiados para alentar una militancia basada en criterios de eficiencia y subordinación. De este modo, al menos virtualmente, la ACA aspiraba a enterrar definitivamente en el pasado al intelectual católico de las primeras décadas, en beneficio del ideal del militante “miliciano” presto a difundir los lineamientos episcopales en las trincheras de la sociedad moderna: calles, radios, diarios, panfletos⁶⁸.

A pesar de las rupturas que pretendía introducir el nuevo proyecto, tanto en términos organizativos como políticos, por el momento no emergieron conflictos sino más bien todo lo contrario. De hecho, durante el Congreso Eucarístico de 1933 en Rosario, Elías Luque atribuyó los éxitos alcanzados por la ACA a la “obediencia” y al respeto de las jerarquías. En el mismo sentido, durante un banquete ofrecido en el COR, señaló que era “preferible” errar con la Iglesia que acertar “en contra de la palabra de un obispo”⁶⁹. También por entonces Juan Casiello, otro de los que habían rechazado el proyecto de la curia en 1924 y ahora presidía la ANHC, se manifestó en términos similares a los de Luque y llamó a “alistarse” disciplinadamente como en todo buen ejército ante “mares embravecidos”⁷⁰.

Aún con dudas e incertidumbre, entre 1921 y 1929, los principales referentes del laicado intentaron organizarse con cierta autonomía para participar electoralmente. Un proyecto que, en el marco de la ACA, ya no podía alentarse. En este sentido, más allá de lo que la “tesis de la romanización” tendría para decirnos al respecto, cabría preguntarse ¿cómo logró la ACA la adhesión entusiasta de estas tramas dirigentes? ¿Qué cosas habían

cambiado y que circunstancias se habían desatado para que la firmeza de 1924 y las ideas alentadas en 1928 hubieran desaparecido?

La ACA: “mares embravecidos”, nuevas certezas y estructuras organizativas

Nuevamente, como una década atrás, la política santafesina despuntó hacia 1931 como una poderosa fuerza centrípeta y a la vez movilizadora para el catolicismo. Por entonces, el PDP que había sido el principal adversario de la curia entre 1921 y 1925, aprovechando la abstención radical, se impuso sobre el antipersonalismo y ocupó nada más ni nada menos que la Casa Gris. En clara disonancia con lo que ocurría a nivel nacional y en el resto de las diócesis, Santa Fe estuvo gobernada entre 1932 y 1935 por un partido que agitaba como una de sus principales banderas militantes la laicización del estado. En este contexto, tal como había ocurrido en 1921, el significante católico volvió a substanciarse en términos de resistencia y el PDP se convirtió una vez más en aliado involuntario de la curia a la hora de potenciar la unidad y la centralización del laicado. Los misteriosos enemigos que la Iglesia agigantaba para animar el ambiente de cruzada a nivel nacional, podían designarse en la provincia con nombres y apellidos. Las siluetas borrosas que se combatían en otras diócesis eran en Santa Fe hombres de carne y hueso no necesariamente más peligrosos que aquellas sombras, pero sin dudas más apropiados para poner a la Iglesia en marcha. La llegada del PDP fue presentada así como la prueba de que era preciso encolumnarse tras la ACA para derrotar definitivamente a un enemigo que, como si fuera poco, había logrado apoderarse del estado provincial. Por entonces, la alianza que el PDP tenía con el Partido Socialista a nivel nacional se convirtió en la prueba incontrastable de las supuestas conspiraciones urdidas por los “rojos”. A pesar de que la alianza con los socialistas se dio por terminada poco después de las elecciones, la curia siguió denunciando un supuesto “complot” por el cual los comunistas gobernarían a través del PDP. La tesis de que el liberalismo y el laicismo eran la antesala del comunismo se despojó de toda retórica teológica o filosófica y cobró por aquellos años un sentido conspirativo e inmediato⁷¹.

Las similitudes con los conflictos de 1921 eran muchas pero terminaban a la hora de analizar el rol ocupado por el obispado y los modos en que los católicos actuaron finalmente en política. Esta vez a diferencia de entonces, cuando Doldán encabezó la movilización, la curia se puso al frente de las acciones de resistencia a través de la ACA. Asimismo, a nadie se le ocurrió como entre 1921 y 1924 recurrir a las instituciones liberales para detener la acción de los reformistas. La curia exigió a través de varios comunicados de secretaría que se terminara con la “persecución religiosa” e impugnó la

legitimidad del gobierno para emprender la laicización del estado, pero en ningún momento el obispo o los dirigentes laicos amenazaron con constituir una Liga y menos aún con lanzar un partido.

A pesar de la activa oposición, el gobierno demócrata se mostró decidido a aplicar el programa de reformas y los conflictos se esparcieron rápidamente. El clima de enfrentamiento jugó, de este modo, un rol sin dudas importante en la puesta en marcha de la ACA que, a diferencia de lo que sucedía a nivel nacional, nació en Santa Fe en medio del fragor de una cruzada más creíble y palpable que en otras partes. Desde la ANHC, por ejemplo, se organizaron grupos para “vigilar” cualquier “menosprecio” de la religión católica en la “escuela atea” impulsada por el gobierno, y las Ligas de Damas y Jóvenes Católicas organizaron “escuelas de catequistas” bajo la supervisión de los párrocos, con el fin de que toda “escuela laica” tuviera un catequista “bien formado”⁷². Los roces se hicieron frecuentes y derivaron incluso en hechos de violencia como el ocurrido en la Casa Social Católica⁷³. Durante 1933, la ACA ganó un protagonismo mayor y sus cuadros fueron claves en la organización de los actos a través de los cuales las multitudes católicas ocuparon una y otra vez las calles agitando consignas opositoras al gobierno.

En este marco, entre 1930 y 1935, la ACA se expandió rápidamente sin que se atravesaran disidencias o conflictos serios entre los diferentes grupos de católicos sociales y la curia diocesana. El resurgimiento electoral del reformismo, cuando aún las heridas de 1928 y 1929 seguían abiertas, hizo de la ACA más que una opción, una salida. Como se había reflejado en las páginas de *La Verdad* y *El Herald*, los golpes recibidos a fines de la década de 1920 terminaron por herir de muerte las esperanzas de lograr que la política de partidos transparentara el mito de la nación católica. En este contexto, la ACA lejos de recibirse como un intento de coartar o encauzar sus acciones, fue abrazada, por al menos buena parte de las tramas dirigentes masculinas, como una verdadera bendición. Como un llamado providencial que los alejaba de las sombras del pasado para conectarlos con el clima de triunfo que, por entonces, vivía la Iglesia argentina. Como nunca antes, la salida pareció dibujarse en la obediencia militante y en el rechazo de la vía electoral. Algo que, por cierto, desentonaba poco con las frágiles y devaluadas visiones que circulaban por aquellos años sobre la democracia liberal.

En perspectiva se trataba de una opción más que seductora para dirigentes que, a pesar de sus éxitos organizativos, no podían borrar las huellas de una sociedad compleja que se resistía a dejarse atrapar sumisamente por las coordenadas del “mito de la nación católica”. Aún cuando en términos mutualistas el COR seguía cosechando éxitos y por

entonces se discutía incluso la construcción de un sanatorio⁷⁴, los intentos de sindicalización católica siempre habían dado magros resultados y estas deudas pendientes volvieron a reflotar ante los fracasos de la Unión Popular y los triunfos del PDP.

Por entonces, con la ACA en marcha, las grietas del mito se atribuyeron a la “desorganización” del pasado, a la “falta de obediencia” y a las “trampas” que la democracia liberal les había tendido. Era preciso no repetir esos errores y para ello, como señalaba la ganadora del concurso de ensayos de la Junta Diocesana de la ACA de Rosario, Marta Luque Seligmann, era preciso que “la mente se inclinara dócilmente” y renunciara “al propio punto de vista para aceptar con sumisa docilidad lo que la Iglesia quería”⁷⁵. Cabría agregar, por cierto, que las nuevas “certezas”, la “docilidad” y “lo que la Iglesia quería” venían acompañados de estructuras burocráticas de proyección nacional, dotadas de numerosos cargos y puestos que, luego de cansadores años de militancia y desilusión, constituían, probablemente, un aliciente y un estímulo nada despreciable.

Había llegado la hora de la ACA y la producción de multitudes, dinámicas, por cierto, más apropiadas que los intentos partidarios para colocar al catolicismo en la esfera pública. Al menos por esos años, el nuevo proyecto logró ocultar sus grietas y pareció tener la valiosa capacidad de convertir dudas, incertidumbres y decepciones en verdades, estructuras y militancia.

¹ Sobre la ACA ver de Roberto Di Stefano y Loris Zanatta *Historia de la Iglesia Argentina*, Mondadori, Bs. As., 2000. Para la década de 1930 ver el ya “clásico” trabajo de Loris Zanatta *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, UNQ, Bs. As., 1996. Más recientemente de Jessica Blanco “La Acción Católica Argentina y su conformación como espacio público (1931-1941)” en *Revista de Estudios Religiosos*, México, 2006. Desde una perspectiva sociológica son ineludibles los trabajos de Mallimaci a nivel nacional. Ver de Fortunato Mallimaci *Catolicismo integral en la Argentina, 1930-1946*, Biblos, Buenos Aires, 1988, “Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en la Argentina”, en *Cristianismo y Sociedad*, núm. 108, México, 1991 y “Los diversos catolicismos en los orígenes de la experiencia peronista” en Fortunato Mallimaci y Roberto Di Stefano *Religión e imaginario social*, Manantial, Bs. As., 2001. Más recientemente Verónica Jiménez Béliveau también se ha ocupado del tema en “Sociabilidades de los laicos en el catolicismo en la Argentina. Un recorrido socio-histórico”, en *Prismas*, núm. 9, Bs. As., Quilmes, 2005.

² A partir de un estudio cuantitativo sobre el crecimiento de los socios y socias en los años 1930 y 1940, Omar Acha ha comenzado a escudriñar con desconfianza las bases de la supuesta fortaleza de la ACA. Ver de Omar Acha “Notas sobre la evolución cuantitativa de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960). Documento de trabajo”, en historiapolitica.com, consulta realizada el 10/12/2008.

³ *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Santa Fe (BEDSF)*, noviembre de 1933.

⁴ Luis Civardi *Manual de Acción Católica*, ACA, Bs. As., 1933, p. 83.

⁵ Miranda Lida ha insistido particularmente sobre estas cuestiones en los últimos años. Ver de Miranda Lida “La Iglesia Católica en las más recientes historiografías de México y la Argentina. Religión, modernidad y secularización”, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, n. 224, abril- junio de 2007, México. Sobre la discusión puntual de la “tesis rupturista” ver de Miranda Lida “Iglesia y sociedad porteñas. El proceso de parroquialización en la arquidiócesis de Buenos Aires, 1900-1928”, en *Entre pasados*, núm. 28, Bs. As., 2005. Para Santa Fe de Diego Mauro “La Iglesia católica argentina entre el orden y las prácticas. Santa Fe, 1900-1935”, en *Rábida*, núm. 27, UHU, Huelva, 2008, en prensa.

⁶ La discusión de la “tesis rupturista” está estrechamente vinculada a la del peso del “intencionalismo” en las explicaciones sobre la Iglesia en la década de 1930. Ver de Miranda Lida “El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico”, ponencia presentada en las *Segundas Jornadas de Historia de la Iglesia en el NOA*, UNT-UNSA, Tucumán, 2008

⁷ Entre las excepciones se pueden mencionar los estimulantes trabajos de María Pía Martín sobre el catolicismo social y el Círculo de Obreros de Rosario, “La acción social en Rosario (1907-1912)”, en Adrián Ascolani (comp.) *Historia del Sur Santafesino*, Platino, Rosario, 1992 y “Sindicalismo católico y estado corporativo” en *Cuadernos del CIESAL*, Año I, núm. 1, Rosario, 2do. Semestre de 1993, pp. 37-47. También sobre los Círculos de Obreros y sus vínculos con las asociaciones patronales ver de María Ester Rapalo “La relación entre los Círculos de Obreros y los sectores patronales en las dos primeras décadas del siglo XX” en *Prismas*, núm. 9, UNQ, 2005, pp. 141-150 y “De la Asociación del Trabajo a la Revista Criterio: encuentros entre propietarios e ideólogos, 1919-1929”, en AA.VV. *La derecha argentina*, Javier Vergara Editor, Bs. As. 2001, pp. 113-150. Sobre los intentos de formación de partidos católicos en Buenos Aires y Córdoba ver de Martín Castro “Católicos e intelectuales en el cambio de siglo: la cuestión nacional, la Unión Nacional y el reformismo saenzpeñista, 1909-1912”, Ponencia presentada en las X Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia, Rosario, 2005, en historiapolitica.com, consulta realizada el 10/03/2009 y de Gardenia Vidal “Reacción de la ‘tradición’ y sus intentos de formar un partido católico. Córdoba, 1918-1925”, en María Spinelli, Marcela Ferrari, Alicia Servetto y Gabriela Closa (comps.) *La confirmación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX*, UNC, UNCPBA, UNMDP, Córdoba, 2000. Más en perspectiva con las dinámicas del episcopado, aunque ciertamente orientados a una reivindicación política de los grupos demócratas cristianos, se cuentan los trabajos de Néstor Auza centrados en el catolicismo social. Ver de Néstor Auza *Monseñor De Andrea. Realizaciones y conflictos (1912-1919)*, t. 2, Editorial Guadalupe, Bs. As., 1988; *El proyecto episcopal y lo social (1919-1930)*, t. 3, Editorial Docencia-Don Bosco, Bs. As., 1988.

⁸ Miranda Lida ha insistido en el traspaso de las imágenes militantes construidas por la Iglesia católica a las interpretaciones histo

⁹ Acta del 10/10/1912, Libro de Actas de la Comisión de Vigilancia (1908-1930), AASF.

¹⁰ Carta de Enrique Mosca a Boneo, fechada el 09/04/1915, Carpeta Ministerio de Gobierno, AASF.

¹¹ Acta del 05/03/1908 de la Comisión de Vigilancia de la Diócesis, LACV, AASF.

¹² Sobre el proceso de parroquialización ver de Edgar Stoffel *Nuestra primera organización parroquial diocesana*, Arzobispado de Santa Fe, Santa Fe, 1998.

¹³ Acta del 07/06/1915 de la Comisión de Vigilancia de la Diócesis, LACV, AASF.

¹⁴ Acta del 05/06/1914 de la Comisión de Vigilancia de la Diócesis, LACV, AASF.

¹⁵ Carta de Bértolo a Olaizola fechada el 29/10/1917, Carpeta Fundación de Liga Electoral (CFLE), en Caja Acción Política (CAP), 1917-1946, AASF.

¹⁶ Carta de Pereira a Olaizola fechada el 25/10/1917, CFLE, CAP 1917-1946.

¹⁷ Carta de Marinelli a Olaizola fechada el 28/10/1917, CFLE, CAP 1917-19146.

¹⁸ Carta de Segarra a Olaizola fechada el 19/10/1917, CFLE, CAP 1917-1946.

¹⁹ Cartas fechadas el 27/10/1917 y el 29/10/1917, CFLE, CAP 1917-1946

²⁰ Ver “Ilmo. Monseñor Natalio Bértolo” en Homenaje al Ilustrísimo Monseñor Nataio Bértolo, Rosario, 1954, p. 6 y de Pedro Beltramino “Oración pronunciada en nombre de los feligreses y amigos” en Homenaje..., op. cit., pp. 20-22.

²¹ Ver sobre la formación y actividades de estos centros de María Pía Martín “Católicos, política y sindicatos” en *Estudios Sociales*, núm. 2, UNL, Santa Fe, 1992.

²² Ver de Pedro Beltramino “La democracia cristiana y Sutti” y de Elías Luque “José P. A. Sutti, católico demócrata” en AA.VV. *Rasgos Biográficos de un líder del Círculo de Obreros y de la Acción Católica Argentina, José Pedro A. Sutti* (N 2-9-1896 – M 24-3-1947), Homenaje del COR, Rosario, mayo de 1947; sobre las conferencias realizadas en la plaza San Martín con motivo del III Congreso Nacional de la UDC, ver BEDSF, agosto de 1917 y *La Capital*, 09/07/1917.

²³ Sobre los vínculos entre De Andrea, el Partido Constitucional y la democracia cristiana, ver de Martín Castro “Notables católicos, educación patriótica y la cuestión nacional: el caso del Partido Constitucional, 1910-1914”, ponencia presentada en el *Seminario Problemas de la Historia Argentina Contemporánea*, UBA, Bs. As., 2008 y “Educación patriótica, políticos católicos y cuestión nacional en la Argentina en la coyuntura del Centenario”, *Actas del XV Congreso Internacional de AHILA*, Países Bajos, 2009.

²⁴ BEDSF, agosto de 1918. Algunas referencias anteriores en BEDSF, agosto de 1917.

²⁵ BEDSF, agosto de 1918 y junio de 1919

²⁶ *Democracia*, 01/06/1915; *Acción Social*, 10/06/1918 y *La Verdad*, 07/03/1921; 05/04/1921 y 15/04/1921.

²⁷ *La Verdad*, 05/06/1921. Entre los vocales se encontraban Zenón Martínez, Juan Depetris, Francisco Lorenzatti, César Berraz, Manuel del Sastre y por Rosario Ignacio y Elías Luque, Pedro Beltramino, Francisco Casiello y José Sutti.

- 28 Sobre los contenidos de la carta ver *Nueva Época*, 22/03/1921, 11/04/1921 y 12/04/1921.
- 29 *Nueva Época*, 03/08/1921.
- 30 Sobre los conflictos con Doldán, ver de Diego Mauro “Las voces de Dios en tensión. Los intelectuales católicos entre la interpretación y el control. Santa Fe, 1900-1935”, en *Signos Históricos*, núm. 20, México, 2009, en prensa.
- 31 Pedro Beltramino y Francisco Casiello propusieron la construcción de un “Estado social y político” a través del cual se proponían llevar al parlamento los “intereses sociales”. Ver “De la delegación del Círculo de Obreros de Rosario”, en *Actas del Congreso del Trabajo*, Imprenta de la Prov. de Santa Fe, Rosario, 1923, pp. 285-286.
- 32 VALDÉS, Federico “La base de la democracia” en Federico Valdes *Desde el llano. Escritos y discursos*, Bs. As., 1925, pp. 105-108
- 33 Los encontronazos, al menos en términos formales, se debieron a la supuesta permisividad de la comisión de censura del cine de la Casa del Pueblo. No obstante, en Rosario, donde se utilizaba el cine de manera similar, la curia se mantuvo al margen. Carta del 9 de febrero de 1922 de Antonio Torres a Monseñor Boneo, en Carpeta del COSF (1898-1928), AASF. Sobre el uso del cine *La Verdad*, 05/01/1924 y *Memoria Anual 1923-1924*, COR, Rosario, 1924.
- 34 *La Verdad*, 29/09/1922; 20/10/1922.
- 35 *Santa Fe*, 03/01/1924; 11/01/1924.
- 36 Circular del 20/03/1924 en Carpeta Unión Electoral Católica, en CAP 1917-1946.
- 37 El COSF fue intervenido en 1925. Ver *La Verdad*, 06/08/1925; 27/08/1925.
- 38 Ver sobre el proyecto y la financiación *La Verdad* 02/05/1922 y 05/06/1922.
- 39 *Memorias Anuales del COR*, 1919-1920-1927-1928 y *La Verdad*, 15/09/1926 y 22/12/1926
- 40 Informe de gestión, período 1923-1925 de Mateo Ferrer a Boneo, en Carpeta del COSF (1898-1928), AASF.
- 41 *El Heraldo*, 27/11/1924; 28/03/1925; 25/04/1925; 06/05/1926; 28/04/1928.
- 42 Carta de Luque, Casiello y Sutti a Boneo fechada el 31/03/1924, en CUEC, en CAP 1917-1946.
- 43 *La Capital*, 26/03/1924.
- 44 *La Capital*, 01/03/1925.
- 45 *El Heraldo*, 28/02/1925.
- 46 Carta de la Junta Organizadora a Boneo fechada el 07/04/1924, en CUEC, en APC 1917-1946.
- 47 RACP, Año XIV, t. XXVIII, núm. 152, 12/08/1924, pp. 474-476. *La Capital*, 18/03/1924.
- 48 *El Heraldo*, 06/12/1924.
- 49 Carta de Roselli a Boneo fechada el 17/11/1927, en CUEC, en APC 1917-1946.
- 50 Carta de Benassi a Boneo fechada el 09/02/1922, en CUEC, en APC 1917-1946.
- 51 Ver sobre las multitudes católicas de Diego Mauro “Los católicos en las calles. Movilización y política en el catolicismo. Santa Fe, 1920-1928”, en *Secuencia*, núm. 75, Instituto Mora, México, 2009, en prensa.
- 52 A la hora de dar nacimiento a la Unión Popular los dirigentes del COR tuvieron en cuenta la experiencia italiana de Luigi Sturzo y su Partido Popular al que conocieron personalmente en sus viajes a Italia durante la década de 1920. Sobre las relaciones entre el Partido Popular y la experiencia de José Pagés en Buenos Aires ver de Roberto Di Stefano y Loris Zanatta *Historia de la Iglesia...*, op. cit., pp. 381-382.
- 53 *El Heraldo*, 19/05/1928; 17/11/1928.
- 54 Sobre la campaña ver *El Heraldo*, 16/06/1928; 14/07/1928 y 20/10/1928.
- 55 *El Heraldo*, 17/11/1928.
- 56 Ver *El Heraldo*, 02/11/1929 y 22/02/1930.
- 57 *El Heraldo*, 28/12/1929; 17/05/1930.
- 58 BEDSF, 10/04/1929.
- 59 BEDSF, 10/03/1930; 10/05/1930.
- 60 BEDSF, agosto de 1931.
- 61 Juan Maciel había sido intendente de facto y militaba en las filas del antipersonalismo al que la curia apoyaba en contra de los reformistas.
- 62 Aunque no se exploran aquí las tramas femeninas el seguimiento de las integrantes de las juntas centrales sugiere que, como en el caso de los hombres, las continuidades fueron importantes. Las principales dirigentes de la ACA a comienzos de la década de 1930 habían integrado la extinta UPCA, el Círculo de Obreros de Rosario, los comités de 1921 y, entre otras comisiones, las que organizaron la Coronación de la Virgen de Guadalupe en 1928. En el caso de Rosario buena parte de las mujeres de las ACA compartían apellidos con los dirigentes masculinos que desde mediados de la década de 1910 controlaban el Círculo de Obreros (Vianna, Sutti, Casiello, Luque, Morra, Tiejten, Seligmann). En Santa Fe, las continuidades fueron aún más marcadas y dominan los apellidos de las familias “tradicionales”, vinculadas a la política de notables de la segunda mitad del siglo XIX (entre otros, Freyre, Iriondo, Candiotti, Cullen, Passeggi, Cervera,

Iturraspe). Los listados de los elencos pueden consultarse en Diego Mauro *De los templos a las calles. Organización, política, cultura e identidad en el catolicismo santafesino, 1920-1940*, Tesina de Licenciatura en Historia, FHyA, UNR, 2006, pp. 53; 135 y 157. Para el caso de Rosario ver sobre estos elencos de María Pía Martín *Los católicos y el movimiento obrero. Con especial mención del Círculo de Obreros de Rosario, 1895-1925*, Seminario Regional, FHyA, UNR, Rosario, 1988. Para una perspectiva de género ver, entre otros, de Jessica Blanco “La Acción Católica y su contribución a la ‘recristianización’ de Córdoba en los años ‘30””, en Miranda Lida y Diego Mauro (Coords.) *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina (1900-1950)*, Prohistoria, Rosario, 2009, en prensa.

⁶³ Ver datos de afiliación en el citado trabajo de Omar Acha “Notas...”, op. cit.

⁶⁴ Ver Manuscritos sobre temas a tratar en la Asamblea Federal de Rosario en 1940, s/f, en Caja Junta Central de ACA de Santa Fe (1931-1960), AASF.

⁶⁵ Si bien el proyecto episcopal no generó resistencias serias, el COSF dio lugar a algunos roces que generaron una cuarta intervención. Carta de Norberto Repetto a José Sutti del 09/10/1930 y Carta de José Sutti a Boneo del 31/03/1931, en Caja II del COSF, AASF.

⁶⁶ *El Orden*, 03/06/1933 y BEDSF, 15/06/1935.

⁶⁷ Los centros de estudio fueron reivindicados en varias ocasiones como el modo de formación más apropiado para los militantes católicos, ver *Democracia*, 01/04/1915 y *El Herald*, 01/08/1925.

⁶⁸ Las únicas instancias en las que los laicos tenían algún tipo de participación eran las Regencias, organismos de gobierno que se constituían también por designación del obispo pero a partir de nombres propuestos por los Consejos de la ACA. Ver *Reglamento del Instituto de Cultura Religiosa Pío XI*, en BEDSF, 15/06/1935.

⁶⁹ *La Capital*, 13/10/1933.

⁷⁰ *La Capital*, 07/05/1933; ver también de Juan Casiello “El deber del apostolado y la acción católica” en *Anuario de los Alumnos Maristas del Colegio Nuestra Señora del Rosario*, año. VI, num. 6, Rosario, noviembre de 1936, p. 8.

⁷¹ Ver algunas observaciones al respecto en *El Pueblo*, 03/04/1932; 13/05/1932; 01/05/1933.

⁷² Ver actas s/f sobre resoluciones de la Primera Asamblea Federal realizada entre el 22 y el 25 de mayo de 1933 en Córdoba, en Caja ANHC, AASF.

⁷³ BEDSF, 10/06/1932.

⁷⁴ Ver sobre el proyecto ya en marcha *La Verdad*, 17/06/1936 y 07/07/1937.

⁷⁵ Marta Luque Seligmann *El Párroco*, Junta Diocesana de la ACA de Rosario, Rosario, 1936, p. 24.